

●●● SAParte

Sociedad Argentina de Pediatría Córdoba

Bienvenidos a SAParte.

La idea de esta propuesta es presentar las producciones de los pediatras más allá de lo científico. Si bien hemos abrazado con amor y compromiso nuestro rol médico, cada uno de nosotros es un ser humano con inquietudes, capacidades, habilidades y recursos que pueden ser expresados de diferentes modos.

Y el arte tiene esa cualidad de transmitir emociones, de mostrar el alma del autor frente a una realidad.

Desde SAParte buscamos mostrar esa faceta tantas veces ignorada e insospechada de los colegas.

Los invitamos a recorrer esta galería de imágenes y sentimientos. Esperamos que disfruten y aprecien el arte de los pediatras cordobeses.

Contenido



Pintura



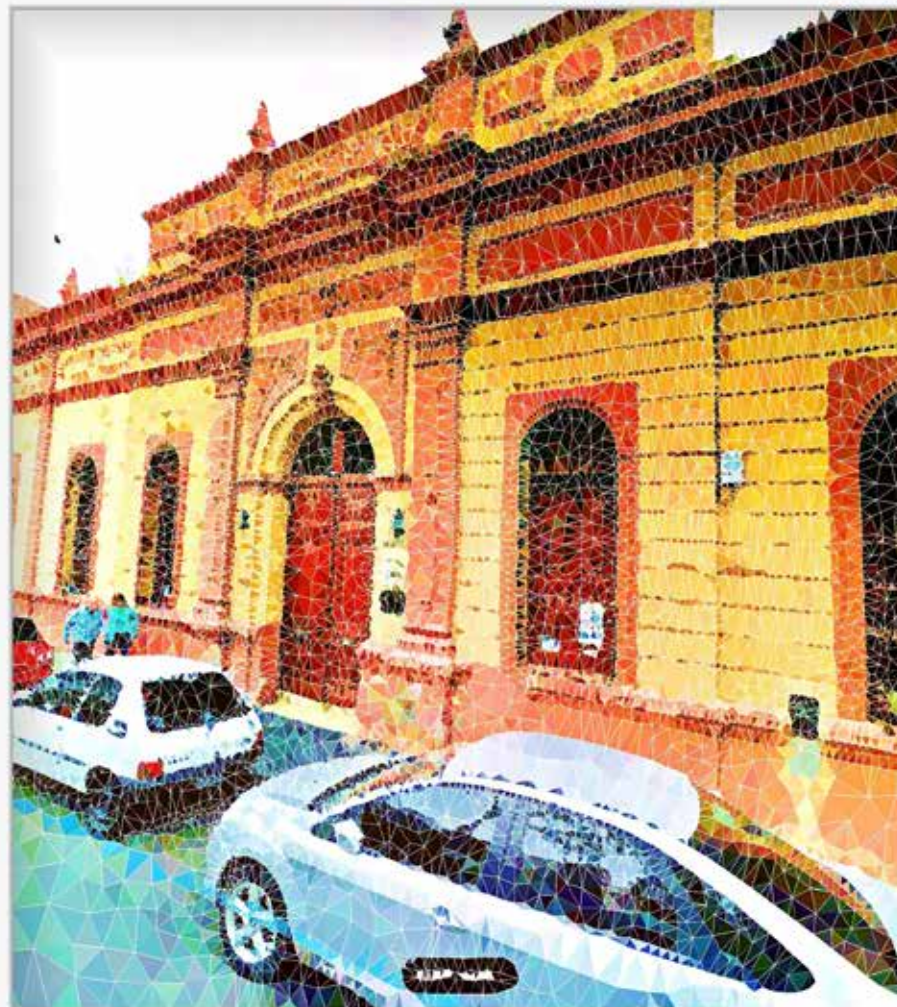
Fotografía



Literatura

●●● Pintura

Sociedad Argentina de Pediatría Córdoba





CATALINA

Doctor Roque Romero Díaz
Lápiz sobre papel



CONTRABAJO

Doctor Roque Romero Díaz
Lápiz sobre papel



INDÓMITA
Doctor Roque Romero Díaz
Lápiz sobre papel



MAÑANA DE DOMINGO
Doctor Roque Romero Díaz
Óleo sobre tela



MIRANDO EL FUTURO
40X70 centímetros
Doctor Roque Romero Díaz
Óleo sobre tabla enteleada



BENJA
Doctor Roque Romero Díaz
Óleo sobre tela



NO QUIERO

Doctor Roque Romero Díaz
Óleo sobre tela



CADA CUAL ATIENDE SU JUEGO

Doctor Roque Romero Díaz
Lápiz sobre papel



LEÓN VECTORIAL
Doctora Natalia Paredes
Acrílico



SIN TÍTULO
Doctora Micaela Samanta Posada



ABUELA HOLI

Doctora Micaela Samanta Posada
Óleo sobre bastidor



BARBIJO VERDE Y PELITO COVID

Doctora Micaela Samanta Posada
Acuarela sobre papel



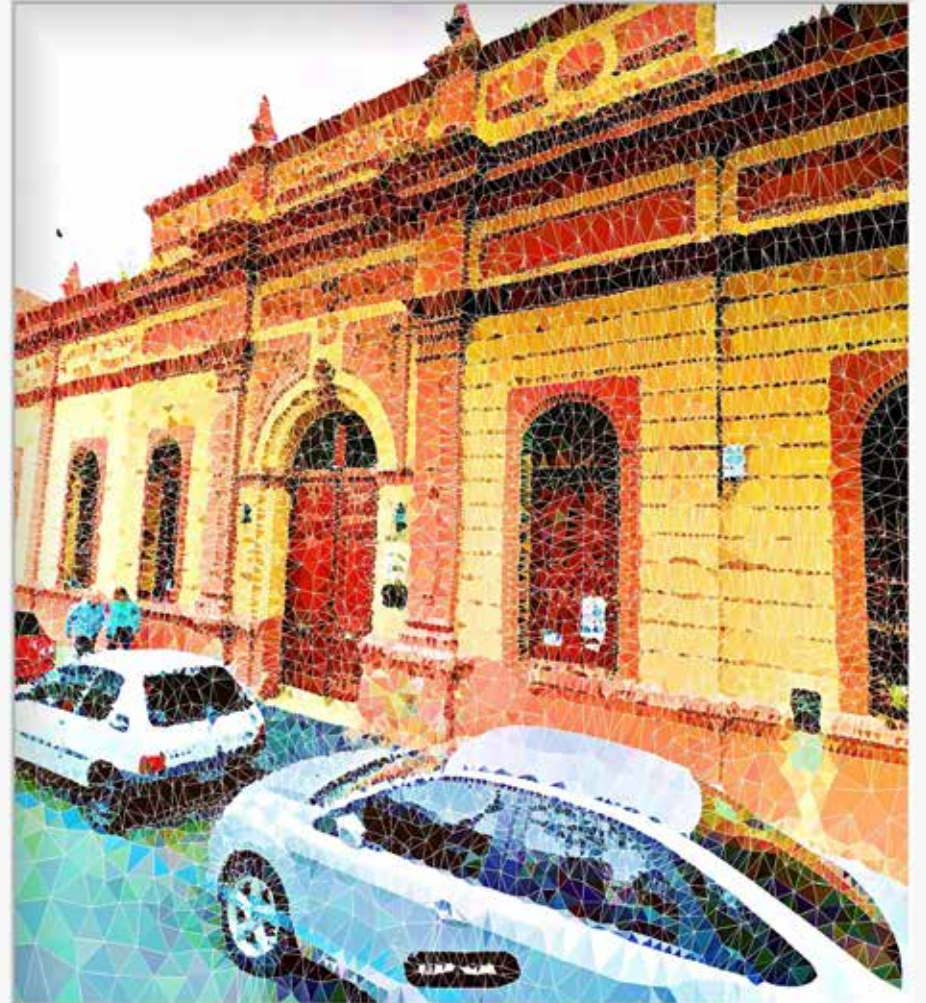
HOLI CARITAS

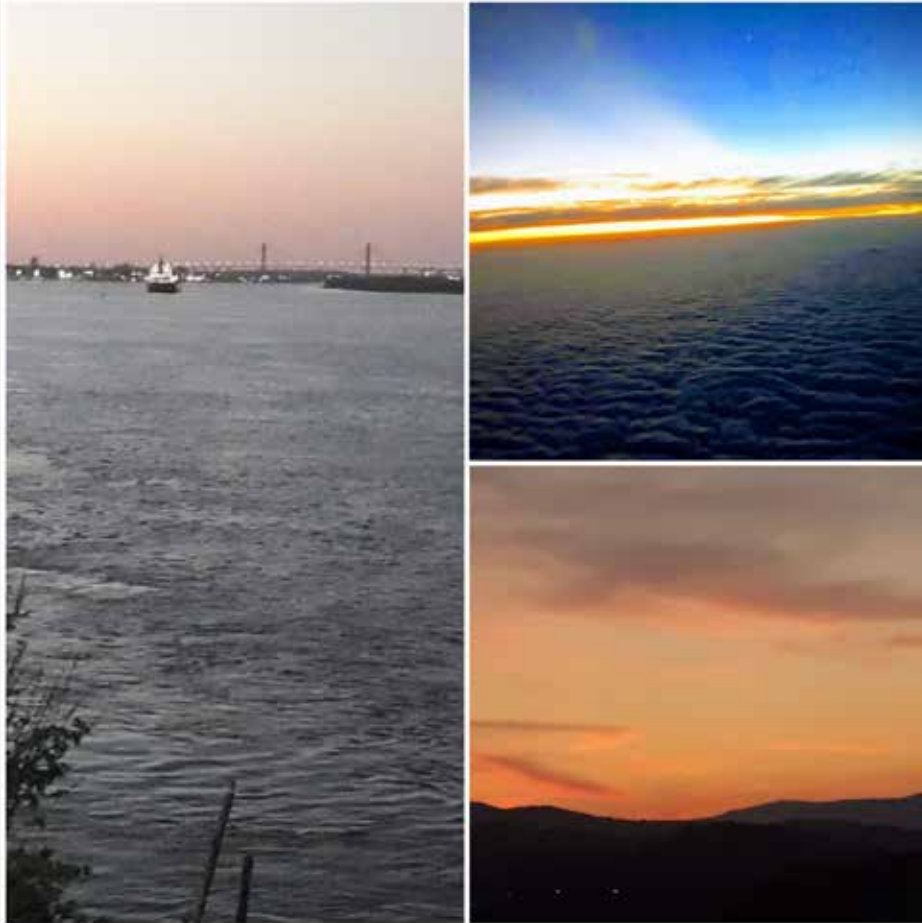
Doctora Micaela Samanta Posada

Óleo sobre bastidor

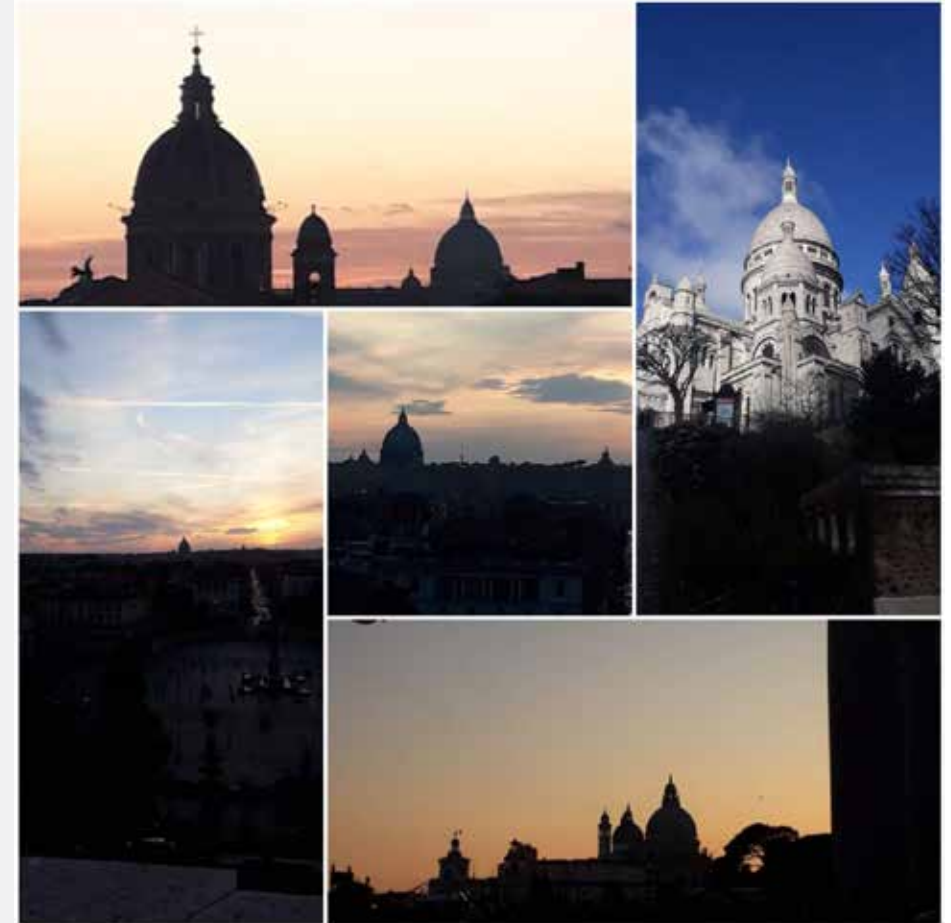
● ● ● Fotografía

Sociedad Argentina de Pediatría Córdoba





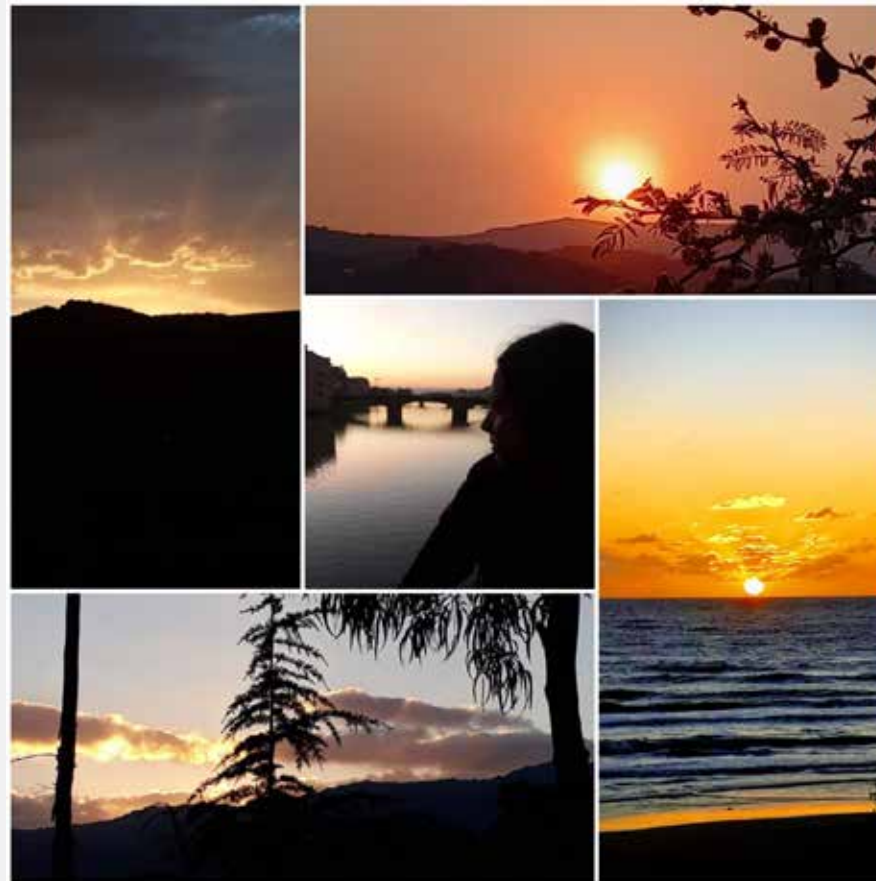
CIELOS 1
Doctor Héctor Pedicino



CIELOS 2
Doctor Héctor Pedicino



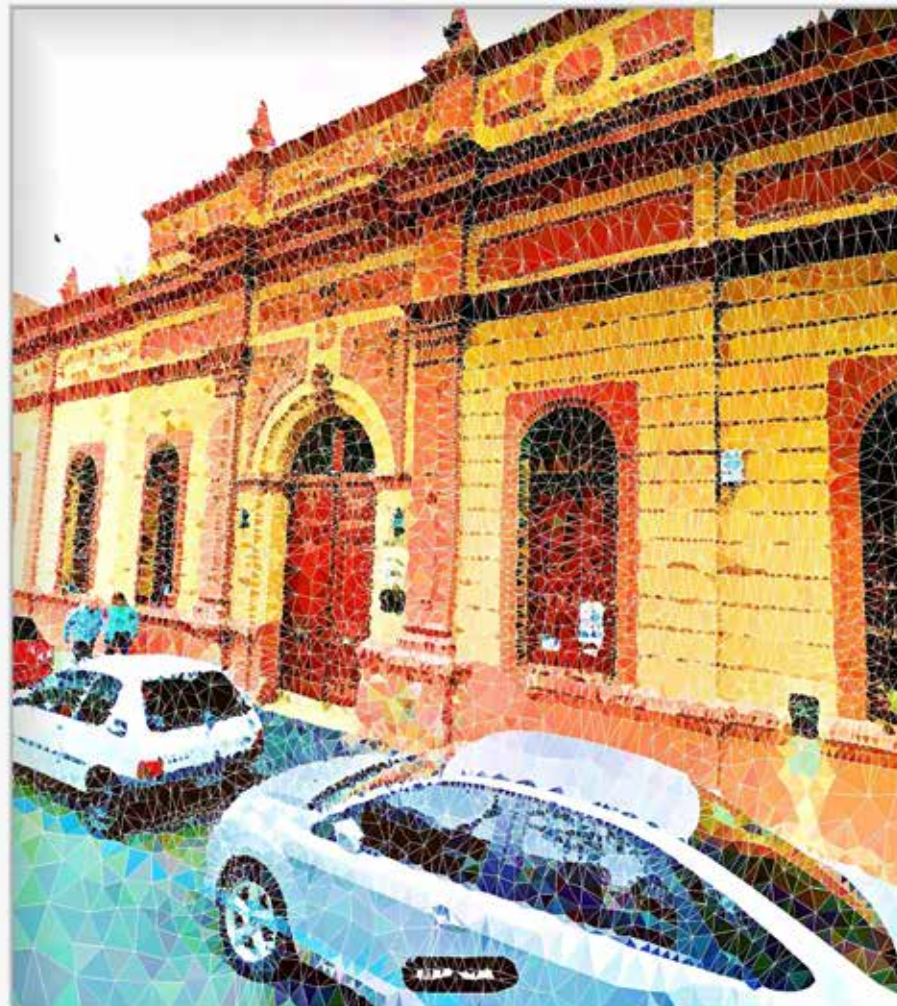
CIELOS 3
Doctor Héctor Pedicino



CIELOS 4
Doctor Héctor Pedicino

... Literatura

Sociedad Argentina de Pediatría Córdoba





Una tarde de consultorio

Salgo de mi casa luego de definir con un albañil cuál sería el mejor modo de resolver una humedad del techo de la habitación. Voy caminando bajo el calor de la siesta serrana, mirando el cielo y disfrutando de un silencio quebrantado por alguna ráfaga de viento y el trinar de palomas apoyadas en un tapial.

Pienso en lo que tengo que hacer y aún no tuve tiempo de realizar; trato de imaginar el mejor modo de proceder, cargando con el peso de las críticas por los olvidos o las postergaciones. Luego de estas tres cuadas de medicación ambulante llego al consultorio; me reciben las risas y los saludos de los niños que esperaban impa-

cientes mi llegada. Algunos dibujando rostros en un pizarrón, otros atrapados por los videos de un celular, también estaba alguno leyendo un cuento. Una escena que me despierta y me motiva, que me ubica en sintonía con lo que se esperaba de mí en ese lugar.

Luego del cambio de ropa, la máscara y el barbijo, llamo a Sebastián que pese a sus cinco años se acerca con la determinación de quien sabe hacia dónde se dirige. Me transmite su afecto y sus problemas, me cuenta con su espontaneidad y su intimidad abierta no sólo lo que siente producto de su cuadro febril, sino también la tristeza de su rutina diaria y sus

deseos de una vida feliz. Es un real desafío encontrar las palabras justas para ayudar y no herir, para que se trace un nuevo camino a partir de la comprensión y la empatía.

Luego viene Tomy, un chico de 17 años a quien vi nacer, que refiere dolor de espalda producto de una exigencia deportiva pero que manifiesta consumo social de alcohol y relaciones sexuales no siempre con protección. Detrás de cada consulta aparente puede esconderse una realidad no percibida, pero que debe ser atendida y aconsejada desde el respeto y el afecto.

Cierro la puerta y encuentro en el chat de whatsapp un mensaje de

mi hijo diciendo que le duele la cabeza; hago una pausa y me reconecto con mi familia, haciendo semiología a distancia y dando indicaciones sin certeza plena. Luego entra Bianca, una beba de 3 meses, en los brazos de su madre y acompañada por su abuela. Cuando veo las caras y esa presencia multigeneracional presumía el motivo de la consulta: niña que llora y familia angustia por no poder consolarla. Inician su relato y brotan lágrimas en los ojos, refieren agotamiento por noches sin dormir, expresan los inútiles tratamientos realizados, suplican una solución para la tranquilidad de la niña y la paz del contexto. Dejo hablar, pregun-

to y pienso a la vez, intento descubrir algún indicio que me permita dar una respuesta; fue un encuentro más largo del tiempo habitual, tratando de explicar, de enseñar y de empoderar a esa mamá.

Tomo luego el teléfono para hablar a la ferretería por el pedido de materiales que se necesitan para la obra de albañilería en casa. Aprovecho y hago algunas recetas de pacientes crónicos que requieren medicación continua e informes detallados.

Irrumpe una urgencia por un niño que consumió un comprimido de clonazepan que usa su madre; examino y actúo de manera inmediata y hablo luego de los ries-

gos domésticos que corren los niños por descuidos o desatención de sus padres.

Hago un receso para tomar un poco de agua; me quito el barbijo y la máscara, y abro la ventana para respirar una bocanada de aire fresco tan necesaria ante el calor y la sensación de asfixia por protegerme de la pandemia circulante.

Van sucediéndose los pacientes, cada uno con sus demandas y listado de dudas, con lo que muestran y lo que debo sacar a la luz. Procuro recibirlos alegría y la mejor disposición (aunque a veces no lo logro), pese al cansancio y las preocupaciones. Hablo de proyectos y esperanza, expreso

y comparto ideas, aprendo de esta experiencia enriquecedora que es entrar en ámbitos de vida diferentes de los que siempre se pueden rescatar mensajes.

Ya de noche finalizo la tarea y comienzo el regreso al hogar. La ciudad encendió sus luces que me acompañaban en el recorrido, y camino pensando en cómo transcurrió el día. Me quedaron algunos puntos oscuros, pero tenía la satisfacción de haber tenido aciertos diagnósticos y de haber dado lo mejor de mí.

Ahora volvía a casa; los míos me esperaban con la ansiedad de contarme lo sucedido en mi ausencia. Tenía tres cuerdas para vaciarme del estrés profesional y

reasumir el rol de padre y marido. Disfruto y me emociono, abrazo con el alma para recargar las menguadas energías mentales. Cenamos y nos aprestamos a descansar; pero cuando todos ya duermen me levanto en la oscuridad de la habitación, enciendo mi computadora y busco información médica sobre un tema que necesitaba actualizar.

Ya es tarde pero tenía que dejar los temas cerrados. Me quedan cuestiones pendientes, pero serán para mañana. Me voy a dormir para reponerme hacia un nuevo día; será otra invitación a intentarlo de nuevo, a buscar ser mejor en lo profesional y en lo humano, dos inseparables facetas de nues-



tro andar.

Doctor Mario Polacov

El origen

En los orígenes del universo, los dioses de la Luz y la Oscuridad se disputaban con duras batallas la supremacía en el mundo. Cada uno suponía que su imperio era mejor y que debía ser el único en gobernar los tiempos. Así sus ejércitos cotidianamente luchaban sin fin, sin tregua, sin éxito.

Las tropas de la Luz con rayos y centellas desplegaban sus tácticas de guerra mientras La Oscuridad con densas nubes oscuras trataba en vano de oscurecer el campo donde se desarrollaban las escaramuzas.

Los tiempos transcurrían vanos, infructuosos, inútiles. Nadie obtenía la victoria, ninguno aceptaba su derrota.

Cansados y sin fuerzas ni esperanza los dioses se propusieron una tregua. Cada uno con su sequito deliberaron sobre nuevas estrategias guerreras que como un castillo de naipes se desvanecían al primer viento.

En un conclave máximo, ya sin argumentos y extenuados, decidieron finalmente partir en dos los tiempos. El imperio de la Luz ocuparía el territorio del día y la Oscuridad se haría cargo de la noche. Aceptaron pequeñas embajadas, así las estrellas y la luna se designaron como representantes de la Luz, y las sombras se apoderaron de la duplicación de todas las siluetas en nombre de la Oscuridad.

En aquel pacto y como prueba de amistad resolvieron pintar de colores las zonas limítrofes, los amaneceres y los atardeceres. Aunque de vez en cuando algunos de sus herederos encienden luchas transitorias en forma de tormenta, aquella paz eterna nos regala cotidianamente los mejores paisajes, los mejores momentos.

Doctor Héctor Pedicino